Memoria, derechos humanos y reparación: ¿qué priorizar desde la mirada de la sociología histórica?

*Richard Ducón Salas**

A modo de introducción: historia y derechos humanos

En el presente escrito se quiere ofrecer una reflexión que indaga sobre la memoria, los derechos humanos, la historia y la reparación de las víctimas. La exposición de sus contenidos hace parte de una elaboración en la que se cruzan dos caminos de trabajo académico: por un lado, los desarrollos investigativos, desde la teoría histórico-genética, sobre el pensamiento y la memoria; por otro, el estudio interdisciplinario en el que se me ha permitido participar dentro del proyecto “Seguimiento al Impacto de las Sentencias de la Corte IDH en su Componente no Patrimonial en los Casos de Colombia”, liderado desde la línea “Derecho y Sociedad” de la

* Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional, Colombia. Magíster en Historia y Sociología de la Universidad Nacional de Colombia. Candidato a Doctor en Historia de la misma universidad. Docente e investigador de la Facultad de Sociología de la Universidad Santo Tomás. En la actualidad se desempeña como director de la Maestría en Planeación para el Desarrollo. Correo electrónico: richardducon@usantotomas.edu.co

Maestría de Derechos Humanos y compartido por los grupos de investigación de la Maestría en Psicología Jurídica y la Facultad de Sociología de la Universidad Santo Tomás.

Bien se ha considerado que la promulgación de los derechos humanos en 1789 es una realización laica propia de la “razón ilustrada”, que hereda del cristianismo la capacidad del hombre de “levantarse en nombre de la verdad” (Galvis, 2003), pero que como hecho histórico y realidad social de la modernidad actual, los derechos humanos plantean un verdadero problema. Podemos recordar que desde el momento en que se empezó a poner en juego el desplazamiento “del derecho de Dios al derecho del ciudadano” han sido reiteradas e insistentes las reclamaciones de justicia para todos y por igual (Castillo, 2007).

Igualmente, en el marco de la transición moderna se quiso sostener la idea de comunidad como “algo sustancial” de cuya pérdida surgía la amenaza del caos, y con este, la guerra de todos contra todos. Con la conservación de la lógica del sujeto que miraba la comunidad de esta manera se consideró que si el juicio humano fracasaba, se ponía en riesgo el conocimiento, pues “el hombre estará incapacitado para actuar y debe dejar todo tal como está” (Dux, 2005). No obstante, en este proceso se terminó por fundamentar el encuentro de la lógica secular y la lógica funcional-relacional que le daría nueva validez a lo normativo (Dux, 2005).

En perspectiva histórica, la *autonomía* del ser humano en diferentes épocas y marcos institucionales ha comprendido la definición de su destino, la afirmación de su libertad y su ética-política a partir de la relación con sus comunidades. Así, el aumento del carácter reflexivo del sujeto se ve en el grado de *conciencia* logrado de las competencias de organización. La recuperación que se hizo de dichos postulados que fundamentaban el individuo en la *autonomía* de la razón y la naturaleza social sirvieron de base a los proyectos de los Estados democráticos modernos.

En la sociedad moderna hay un aumento de las competencias de organización y del proceso de dominio de la naturaleza, lo que establece una relación con el proceso de conciencia de autonomía. En esta edad histórica, estas premisas exigen ver la transición del sujeto en relación con la sociedad en cambio y en la pérdida de la dureza ontológica del mundo, es decir, un mundo incierto.

Con la modernidad se dio una mayor influencia de los procesos sociohistóricos sobre los sistemas de socialización que influyen de manera directa la construcción de lo cognitivo: los procesos se fusionan. La recuperación de los principios políticos (autonomía, igualdad, legislación común, libertad) se dio a través de la filosofía y la educación –incluyendo el pensamiento religioso–, lo que junto a las otras formas interpretativas del mundo generó el debate sobre postulados en los que se consideraba “que la primera ley natural es la razón, mediante la cual los seres humanos establecen las normas que rigen su conducta frente a la sociedad y el estado” (Galvis, 2003, p. 20). Este tejido permitió el desarrollo del sistema jurídico y su clave en la *jus gestium*, hecho anotado como eje central en el desarrollo de los derechos humanos.

Al converger radicalmente todo conocimiento en los hombres, se encuentra que la antigua práctica de crear una divinidad para cada cosa sea vista como obra del hombre: el sujeto entra en un proceso de desencantamiento y de disolución de una ética premoderna que no comprendía al individuo en su profunda relación con su ser genérico. Hay que subrayar que en la espiritualidad del hombre, lo normativo asume en cierto modo una naturaleza propia: *la de ser obligatoria*: “Todavía en la reflexión filosófica de nuestros días se ha dicho que el proceso de desarrollo de la normatividad de la convivencia social debe ser derivado de la religión” (Dux, 2005).

El hombre moderno puede comprender que él mismo es el constructor de sus formas culturales de vida, experimentándose como alguien que en su vida ha salido de la naturaleza. Se puede señalar que este tipo de conciencia

no aparece con la modernidad, pues se han encontrado documentos prehispánicos que se refieren a la conciencia de esta autonomía frente a formas míticas que determinan la acción del hombre.

De otra parte, la configuración de la democracia como la concebimos hoy revela un contexto en el que la cultura genera las condiciones para consolidar una concepción de los derechos humanos que resalta al individuo, la sociedad y el estado. La legalidad de la democracia exalta el poder de la autoridad de la ley en la medida que garantizaría el equilibrio entre los estamentos mencionados.

Hoy el entendimiento de los derechos humanos recorre distintas maneras de acercamiento, de acuerdo con los intereses y valores que representan desde los principios inherentes a toda persona en el que descansa la dignidad humana. La discusión sobre su universalismo hace que la perspectiva diferencial se construya en una apuesta necesaria para su materialización, abarcando todas las personas y los pueblos sin distinción de cultura y género. Su aplicación y eficacia estarían en una perspectiva diferencial, donde temas como la reparación por violación de derechos humanos contienen garantías aseguradas por los Estados, y su violación contiene la reparación de forma equitativa, mediante la restitución de manera especial en virtud de las características, necesidades e intereses del grupo social del que la víctima es parte, superando cualquier instrumentalización jurídica susceptible de manipulación.

En una consideración desde la política pública se puede determinar si la intención es ampliar la perspectiva, y en este sentido habría que ver cómo se han instrumentalizado o en qué puntos y cuáles riesgos enfrenta tal asunto y la funcionalidad que puede darle el Estado a los derechos (una mirada más liberal del Estado sobre estos); es decir, debe pensarse un marco que garantice la aplicación de los derechos, no solo en las garantías legales sino sociales que están en la línea de la historia de esos derechos. En esta dirección es

necesario ver cómo desde los movimientos y las organizaciones sociales se ha presionado para el surgimiento y aplicación de los derechos humanos.

La solución de los conflictos sociales y políticos sugiere un análisis vinculado a las políticas públicas y a los procesos de participación de las organizaciones. De allí que en los estudios sociológicos que abordan estas temáticas surja el interés por estudiar la construcción de las políticas públicas y de los procesos participativos para orientar los desarrollos autónomos; asuntos que se han convertido en un aspecto importante pero poco estudiado en relación con los conflictos culturales generados por la dinámica de la guerra en Colombia. En este sentido es relevante abordar el problema de la participación y la tensión que puede surgir con la manera en que desde la política se han querido implementar los derechos humanos.

Las políticas públicas se han definido como sistemas de atributos y dispositivos que hacen posible un gobierno; en este sentido, por su naturaleza expresan las relaciones de poder, la autoridad y la institucionalidad. En pocas palabras, los diferentes componentes de la política pública, en conjunto con la pretensión del ejercicio de los derechos y de la reparación de las víctimas, deben funcionar como un sistema que contribuya al bien común, al igual que deben verse como una construcción social y cultural cuya expresión en el saber adquiere diferentes formas y adaptaciones en unas condiciones materiales e históricas determinadas.

Las víctimas y la resignificación de la reparación

En esta dirección, el conocimiento sobre la reivindicación de las víctimas del conflicto armado en Colombia debe propender a la búsqueda de las subjetividades, de la construcción de la identidad cultural y de las nuevas estructuras comunicativas, reivindicando lo municipal, es decir, la reconstrucción social a partir de los intereses individuales y colectivos locales y regionales.

En la perspectiva sociohistórica se tendrá igualmente que recurrir a las maneras en que las comunidades vinculadas a los procesos de reparación reconstruyen sus relaciones, sus dinámicas económicas y culturales, además del uso de la memoria individual y colectiva en relación con el impacto de las sentencias en la percepción de las víctimas.

La continuidad de la tradición cultural permite que las comunidades de manera autónoma re-creen los sucesos del conflicto y se expresen sobre cómo lo vivieron y viven. En este sentido, *la memoria*, y específicamente su relación con la historia, permite enfocarse en el reconocimiento del sujeto activo en relación con la historia oral. La memoria individual y colectiva se asume como instancias básicas y permite reconocer los testigos vivos de los conflictos, superando la historia oficial y generando una historia “desde abajo”.

Para el estudio sociológico es necesario recurrir a las dinámicas asociadas a los procesos de reparación, a partir de la reconstrucción de las relaciones y la memoria sobre el hecho o el conflicto ocurrido, para que estos no queden simplemente en el “olvido”, y se pueda transmitir, mediante las prácticas culturales tradicionales, todo lo que se ha vivido, a fin de evitar que se repita.

Es importante que las personas vulneradas resignifiquen sus prácticas sociales después de haber enfrentado un conflicto tan fuerte como el que se vive en el país: pero esta reorientación no es únicamente desde su propia concepción, sino todo lo contrario: es necesario construir una serie de pactos sociales a través de las prácticas simbólicas que representan a una comunidad, a un grupo, como lo son construir nuevas narrativas alrededor de la transgresión cometida, un discurso consolidado sobre las experiencias para que las víctimas logren un lugar y un sentido de pertenencia reivindicando la red social a la que se vincula.

Sin embargo, decir la verdad sobre el pasado no significa que se ha reconstruido el acontecimiento que se ha perdido o se ha olvidado, sino que es

necesario reconocer y apropiarse de su significado, de sus implicaciones en la historia, donde no solo sirva como recordarlos y contarlos, sino que es necesario reparar las implicaciones morales y simbólicas que el suceso haya logrado causar, sin dejar de lado que al volver a hablar de este tema se puede abrir o revivir un trauma o duelo, lo que impide que este momento se supere y se retome.

Según Wachtel (1999), lo que cambia, lo que puede cambiar con el registro de una historia son los énfasis de la memoria y los juicios de valor que se van acomodando dentro de una “lógica retrospectiva”, dependiendo de su experiencia y manifestado por relatos cuyos recuerdos varían, estableciéndose así una relación entre el relato y el prisma de la vida individual. Teniendo en cuenta que la memoria siempre parte del presente para retroceder en el tiempo, se tienen que examinar las etapas por las que atraviesa: de elaboración, conservación y surgimiento del recuerdo, de tal manera que se pueda asumir una crítica histórica más firme (Wachtel, 1999).

La memoria se perpetúa a través de los sujetos de un grupo social, y los cambios se dan con un trasfondo de continuidad, por medio de un vínculo vivo que actúa de generación en generación, asumiéndose el grupo social como redes de complementariedad. De tal forma, la estructura del grupo termina definiendo la memoria, y las transformaciones de la memoria colectiva quedan sujetas e inscritas a la lógica de un sistema y dependiendo de las relaciones de poder.

La memoria, la historia y la ancestralidad

Incorporando en nuestro análisis el caso ya mencionado de los nasas (conocido pueblo indígena, llamado también “paeces del suroccidente colombiano”) y los nuevos sentidos históricos y políticos que ellos mismos han elaborado históricamente sobre las memorias y experiencias, retomamos a Espinosa (2009):

Estos indígenas recrearon una concepción moral del recuerdo (memoria moral) en torno a las injusticias pasadas, que retenía la vigencia de los agravios históricos contra sus pueblos y, de manera simultánea, respondía al sufrimiento colectivo, a la injusticia, al despojo territorial y a la opresión en el presente, mediante una acción colectiva de resistencia, militancia y movilización política. Las prácticas colectivas de juntar recuerdos, los actos de rememorar y memorizar situaciones, testimoniar experiencias y recordar figuras y hechos del pasado cumplieron un rol central en este proceso, que debe ser entendido no solo en su aspiración de lucha indígena unificada sino también en su práctica multilocalizada y en sus diferentes escenarios lingüísticos y culturales (p. 22).

Con la tortura y la estigmatización, la violencia sobre los líderes de organizaciones sociales y políticas se constituyó en una estrategia de control y poder de los victimarios. Uno de los casos en el que se reconoció este tipo de hecho y la pérdida de uno de estos líderes fue el de Germán Escué Zapata, en el cual la Corte Interamericana de Derechos Humanos sostuvo que significó un daño a la colectividad Páez (Corte IDH, Sentencia de Fondo Reparaciones y Costas, 4 de julio de 2007).

La interpretación sociológica debe recurrir al contexto, a lo que posiblemente ha cambiado respecto a los hechos de victimización, a los patrones de violencia contra los pueblos indígenas del Cauca. No se puede perder de vista que la ejecución de Germán Escué Zapata se dio en un periodo histórico donde la presión sobre la tierra venía en aumento. Las cifras de concentración de la tierra se suman a una política que no representó un impacto representativo en la redistribución de la tierra y la riqueza.

El conflicto armado en el Cauca tiene un componente territorial profundo en el que se pone en condición de vulnerabilidad el derecho a la autonomía de los resguardos, los cabildos y sus formas de organización para la resistencia pacífica. Es claro que históricamente para los nasa esta lucha hace parte de una historia de larga duración que incluye el uso de la Ley 89 de 1890,

pasando por la Quintinada de comienzos del siglo XX, el movimiento armado Quintín Lame, hasta las movilizaciones de la minga a nivel local y nacional. Se ha hecho evidente que la acción violenta contra los indígenas está relacionada con elementos “ejemplarizantes” para debilitar la voluntad de las bases sociales con instrumentos de terror.

En esta dirección, el análisis propuesto pretende dar pautas para el entendimiento de las interdependencias que no separan a los sujetos de los conflictos, por lo que nos permite aclarar lo que está pasando con el pensamiento y la memoria como uno de sus dispositivos más poderosos. Se quiere resignificar la memoria más allá del puro recuerdo; se plantea indagar alrededor de la cuestión sobre lo que hace posible la transformación de la condición humana y la manera en que puede lograrse en un mundo donde la muerte ya no es un acontecimiento.

La memoria integrada a los análisis permite la contrastación con las teorías y pone a disposición la base empírica de las prácticas de las víctimas y sus sociedades, se viabiliza la obtención de conocimiento a partir de las experiencias de las víctimas y permite la reflexividad de los investigadores.

Desde este enfoque se espera tener un impacto en las luchas por la historia, en la medida en que debe mirarse en la dialéctica entre la memoria y el olvido, en lo que significa potenciador para la vida, o en otras palabras, dirigirse a la potencia creadora. Con la elaboración de la memoria como relato moral, se ve la posibilidad de reparar en aras de propender a la justicia y la verdad, es decir, reconocer a la víctima como sujeto moral. Algunos estudiosos del tema –como Alejandro Castillejo– precisamente afirman que existen “historias vetadas en la ley de víctimas”, y nos ubica nuevamente en que la manera de entender el futuro y el presente está en el pasado.

El reconocimiento que una sociedad y un Estado puedan hacer de los hechos y de la reparación integral a las víctimas puede traer consigo la participación de las víctimas reconociendo la diversidad cultural, respetando las costumbres y las lenguas. En el caso mencionado de Escué Zapata, se dejó

abierta la posibilidad de que el Estado generara un cambio de conciencia, no solo en cuanto la necesidad de una mayor eficacia en las investigaciones, sino en el reconocimiento del “otro” como sujeto de derechos.

Precisamente, sobre las transformaciones históricas y la constitución de identidades en formas culturales que atan la memoria moral, se puede abordar en esta dirección el cambio de las prácticas y las narraciones testimoniales de nasas, pijaos y guambianos:

Esta memoria moral, parafraseando a Mate (2003), trae a la escena política el problema de la justicia y lo carga de sentido a partir de la memoria de injusticias pasadas que se han transformado en situaciones de injusticia, exclusión y desigualdad estructural en el presente. En otras palabras, estas memorias nos hacen ver que “de la realidad forma parte también algo que no existe”, algo olvidado que ha quedado en el camino, que es invisible, cuyo residuo es el sufrimiento. La memoria moral no es tanto recordar el pasado sino actualizar la realidad de eso que Mate llama la historia *passionis*. En sus planteamientos sobre una teoría anamnética de la justicia o de la justicia como memoria, Mate (2003, p. 30) plantea que “la injusticia es la historia *passionis* de la realidad emergente” (Espinosa, 2009, p. 30).

Otro caso que nos interesa es el de las víctimas sobrevivientes de la masacre de Bahía Portete, de la organización Wayuu Munsurat, en el cual su proceso de reparación se centró en el “volver a habitar” mediante los *yanamas* (encuentros de cinco días para recordar lo sucedido y testimoniar acerca de lo que continúa sucediendo en Bahía Portete). En dicha orientación se trata de la resignificación del lugar, como una forma de “volver a estar ahí” desde el hacer lo cotidiano frente a la

continuidad en los actos de violencia contra los indígenas de La Guajira, convivencia entre militares y paramilitares, militarización del territorio indígena, desmantelamiento de las viviendas abandonadas, retirando

tejas, tanques de agua y puertas y pretendiendo con ello, como decía Débora, “desdibujar del paisaje la memoria de la existencia en las moradas” (CNRR, 2009, p. 140).

En los *yanamas* se vuelve a caminar el territorio, las casas “violadas, adoloridas y maltratadas”, con la presencia de una mujer *piache* que limpia el territorio de las malas energías con sus “poderes sobrenaturales y maneja la comunicación entre el mundo social y el natural”. Se sostiene que esos días se convierten en

espacios para realizar duelos colectivos, recordar lo sucedido y volver a habitar, poco a poco, los lugares que quedaron marcados por la violencia y a los cuales se espera volver algún día. Los *yanamas* propician una forma de reparación social mediante los actos de recordar y reflexionar sobre lo que pasó y sigue pasando (CNRR, 2009, p. 144).

Según la CCNRR, es un acercamiento a las políticas y poéticas de la memoria con perspectiva de género y étnica, lo que complejiza el debate sobre la reparación, la reconciliación y la justicia. Entendiendo, a su vez, que las prácticas y los significados culturales se encuentran instaladas en un “*juego de saberes y emociones*” que violentan las lógicas culturales. Es decir, en este caso no se entienden las memorias como entidades fijas sino inscritas en relaciones de poder mediadas por experiencias subjetivas compartidas.

En el estudio del CNRR (2009) se expresa:

Estas luchas indígenas se pueden leer a la luz de lo que Reyes Mate denomina “justicia anamnética”. El concepto se refiere a la memoria de un sufrimiento que actualiza la conciencia de las injusticias pasadas, es decir, una memoria que puede ser en sí misma un acto de justicia. El legado de violencia histórica en el que han vivido los Wayuu hace parte de sus luchas colectivas actuales y de sus agendas de futuras movilizaciones (p. 147).

Como se expresó al inicio del escrito, se ha transformado también la subjetividad y se han alterado los escenarios de la vida cotidiana con representaciones sociales vinculadas al silencio y al temor que recrean el olvido y las memorias silenciadas; en cierta medida, se reproduce la violencia en el “olvido” y el silencio del trauma y de los hechos. Este comportamiento influye en la toma de decisiones y de elecciones, es decir, en la experiencia política.

A la luz de este acercamiento conceptual y de los casos de víctimas, se entiende la pertinencia de recurrir a las maneras en que las distintas comunidades vinculadas a los procesos de reparación a partir de las sentencias reconstruyen sus relaciones, sus dinámicas económicas y culturales, además del uso de la memoria individual y colectiva. En este sentido, el aspecto relevante puede alcanzarse en la medida que se remite a nuevos ámbitos y valores, a la memoria como elaboración o construcción, a la historia de la experiencia a través del testimonio y acción de las víctimas y sus grupos sociales, como del análisis de las iniciativas alrededor de su propio ser, de la vida cotidiana, de la apropiación de los espacios a través de sus saberes y apropiación de los conocimientos externos.

Desde esta perspectiva, el interés se centra en la manera como en la sociedad de la guerra puede darse una mayor autoconciencia, tanto de las mismas víctimas como de la sociedad en general sobre la realidad ontológica del pueblo, en la medida que aumenta el poder de la organización social y su disposición sobre el mundo natural (Ibarra, 2005).

Ha resultado sensible la manera como en ocasiones el cumplimiento de las sentencias por parte del Estado puede limitar en alguna medida la acción reparadora de las víctimas. En las reparaciones simbólicas (se puede ver en el caso de Escué Zapata) se ha incluido, por ejemplo, la publicación de la sentencia en español y en nasa yute, “para que todos sus integrantes puedan tener acceso a las sentencias”, como efectivamente se hizo; pero a la vez, se hace evidente en las declaraciones oficiales la intención de instalar un “sinsentido” de la sentencia. Aunque se afirme que estas medidas se

han cumplido, al menos parcialmente, en realidad terminan excediendo el tiempo en relación con el momento de los hechos: no es lo mismo cuando se repara al poco tiempo de los sucesos o de las sentencias, que cuando se deja pasar un periodo de tiempo bastante largo. Además, a situaciones como las mencionadas se suma el hecho de ver cómo se publican solo fragmentos o partes de lo convenido con las comunidades o familiares.

En otras medidas atinentes a lo simbólico, como las placas o los monumentos, con miras a la recuperación de la memoria de una persona, o como en el caso en mención de un líder indígena –al cual se quiere enaltecer–, el tiempo puede pasar o se puede sustituir por otro recurso simbólico, pero se hace sin el reconocimiento de las condiciones culturales y sociales de las víctimas.

Finalmente, con la realización de los derechos humanos debe darse una mayor influencia en los procesos sociohistóricos, en los sistemas de socialización que influyen de manera más directa la construcción de lo cognitivo, de los procesos sociales que se fusionan, de los cambios políticos. Con la participación de la academia y el acompañamiento a las organizaciones y las víctimas del conflicto, las investigaciones interdisciplinarias pueden propiciar un salto cualitativo en el dominio de los procesos y los componentes de la política pública y los derechos humanos, con miras a darles otro significado y uso, a la vez que no solo puedan explicarse sino comprenderse. Una interpretación desde la sociología histórica, en este sentido, persigue los contenidos culturales y los valores en un desarrollo histórico que incorpora los mediadores esenciales del cuerpo social y, a la vez, nos otorga indicadores de la dirección del desarrollo que la sociedad está emprendiendo. Ello nos permite identificar lo que posibilita los esquemas de pensamiento: los tránsitos de la acción organizativa como resistencia a la lógica del despojo y la impunidad.

Referencias

- Bello, M. N. et ál. (2005). *Bojayá, memoria y río. Violencia política, daño y reparación*. Bogotá: Unibiblos.
- Castillo, J. M. (2007). *La Iglesia y los derechos humanos*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) (2009). *Memorias en tiempo de guerra. Repertorio de iniciativas*. Bogotá: Punto Aparte.
- Dux, G. (2005). El hombre en el cambio de los tiempos. En *La lógica de la teorización del sujeto. En busca de nosotros mismos*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Galvis Ortiz, L. (2003). *Comprensión de los derechos humanos. Una visión para el siglo XXI*. Bogotá: Aurora.
- Ibarra García, L. (2005). *La lógica de la teorización del sujeto. En busca de nosotros mismos*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Jelin, E. (2001). *Los trabajos de la memoria*. Barcelona: Siglo XXI.
- Papacchini, Á. (1997). *Filosofía y derechos humanos* (3.^a ed.). Cali: Universidad del Valle.
- Ricœur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Wachtel, N. (1999). Memoria e historia. *Revista Colombiana de Antropología*, 35.

Esta obra se imprimió
en Hographics Impresores
Bogotá, Colombia.
2013

Este libro aporta al debate sobre las diversas relaciones que se configuran entre memoria y violencia, al problematizar –desde múltiples temáticas de estudio– escenarios, instituciones, nociones, metodologías, interpretaciones o valoraciones relacionadas con las realidades de violencia que se desprenden del contexto colombiano y la posibilidad de asumirlas y reflexionarlas a partir de las narrativas, la academia, la indagación personal... Las agudas discusiones cristalizadas en este libro invitan al debate y a la deliberación pública, pues obligan a repensar las lógicas de la gobernabilidad democrática en Colombia.

UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS
PRIMER CLAUSTRO UNIVERSITARIO DE COLOMBIA
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES

Certificado SC 4289-1